

Ricardo López Méndez:

Poeta, músico y locutor

Silvia Molina

En esta crónica salpicada de nostalgia, la escritora Silvia Molina —autora de libros como Ascensión Tun, El amor que me juraste y Dicen que me case yo— recuerda al poeta, músico y locutor Ricardo López Méndez (Yucatán, 1903 - Cuernavaca, 1989), “El Vate”, cuya obra fue musicalizada por Guty Cárdenas y muchos otros, y que forma parte de la rica veta poética de la tradición yucateca.

Yo sé que nunca besaré tu boca, tu boca de púrpura encendida,
yo sé que nunca llegaré a la loca apasionada fuente de tu vida...

Escucho esta canción del Vate López Méndez con música de Guty Cárdenas esta tarde de invierno y llega a mí el recuerdo de otras canciones suyas, y no puedo dejar de pensar en la vida y la obra de este autor tan fructífero que hasta quienes no saben nada de él o no sospechan de su trayectoria, conocen, sin saberlo, sus poemas, que por cierto le han dado la vuelta al mundo musicalizados por grandes compositores, o han recitado al menos uno de sus poemas.

López Méndez, como los poetas de la más alta tradición yucateca: Peón y Contreras, Carrillo y Ancona, Mediz Bolio, Rosado Vega, Duarte Moreno y Padrón López, vio musicalizados con éxito ciento cincuenta de sus poemas de los años veinte y de principios de los treinta, entre los cuales muchos escribió para sus amigos del terruño Ricardo Palmerín (“Yo no quiero que llores”, “Languidece una estrellita”) y Guty Cárdenas (“Aléjate”, “Si yo pudiera”, “Golondrina viajera”, “Nunca”, “Fondo

Azul”, “Quisiera”, “Tú fuiste”, “Yo quiero ser...”). Con esa experiencia que lo llevó a ser parte esencial de la trova yucateca, y gracias a su trabajo como locutor en la XEW, donde entraría en contacto no sólo con la gente del mundo del espectáculo de nuestro país y del extranjero, sino con el de la cultura en general, después escribiría en sus momentos de inspiración para compositores como José Sabre Marroquín (“Gris”, “Mi mejor verdad”, “Déjame recordar”, “Presencia”), Gonzalo Curiel (“Déjame”, “Tu boca y yo”, “Tu partida”), Alfonso Esparza Oteo (“Ojos gitanos”, “Adiós golondrina”, “Íntimo secreto”, “Guerrillero de Michoacán”, “Lorenzo Garza”), Manuel Esperón (“Canción del marino”, “La mujer del puerto”, “Que Dios me perdone”), Tata Nacho (“Primaverál”, “Es media noche”, “Espera”, “La calle se vuelve clara”), Jorge Negrete (“No sé”), Pedro Vargas (“Tú me haces falta” y “Vaguedad”), Agustín Lara (“Puerto Nuevo”) y Gabriel Ruiz Galindo (“Amor, amor, amor”, “Mi corazón abrió la puerta”, “Mar”, “Tú dónde estás”, “Vida”), entre otros. Por su obra para la música mexicana recibió varios reconocimientos, como el nombramiento de “Poeta de la

canción mexicana” otorgado por la Sociedad de Autores y Compositores de México que le ofreció también la Medalla Agustín Lara.

López Méndez fue un hombre que tuvo un profundo amor por México y su tierra natal, interés en la historia, pasión por la literatura y la mujer; conquistó a su esposa, Ligia, con aquella mirada clara profunda, el cabello rizado, los labios delgados, de una personalidad fuerte. López Méndez fue lo que se dice un tipo guapo, un buen tipo.

Nació a principios del siglo xx en Izamal, Yucatán, la ciudad que fuera descrita tanto por el padre Landa—quien cuando se refería a sus monumentos prehispánicos escribió “el más enorme espantaba por su hermosura y altura y desde su cima se veía el mar”—, como por el padre Lizana y el cronista Charnay, y donde se levanta uno de los más bellos conventos coloniales construidos en la península de Yucatán. Hombre de su tiempo, el trabajo de López Méndez refleja además de una aguda inteligencia, un espíritu romántico y sus preocupaciones estéticas en la búsqueda de la forma poética, así como un arraigado nacionalismo que se desprende de su experiencia posrevolucionaria, no en vano hay fotografías suyas al lado de Álvaro Obregón, en su gira por Yucatán, en una península abierta a los gobiernos socialistas de Felipe Carrillo Puerto en Yucatán, Ramón Félix Flores en Campeche y Tomás Garrido Canabal en Tabasco, y en un México que entonces busca hacerse de una identidad propia y pinta los muros y graba, en el doble sentido de escritura y de grabado, en las páginas de los libros su historia.

Durante su experiencia al lado de Carrillo Puerto con quien trabajó en la biblioteca pública de Mérida, y de quien estuvo muy cerca, se le agudiza su amor por el libro que desemboca tanto en su biblioteca personal como en su monografía *La imprenta en Yucatán* (1939)—ensayo hermano de *Introducción de la imprenta en Campeche* de su paisano Juan de Dios Pérez Galáz, ambas producto de la primera Feria del Libro en el país la cual provoca en los intelectuales la necesidad de realizar las primeras investigaciones bibliográficas de los estados—. Con aquella vivencia, también se le engrandece el amor por su tierra y el maya; preocupaciones además del grupo literario al que pertenece aunque es de una generación posterior: el grupo Esfinge, formado, entre otros escritores, por Antonio Mediz Bolio, Ermilio Abreu Gómez y José Esquivel Pren, cuyo indigenismo está en su apogeo.

El nacionalismo de Ricardo López Méndez culmina con el poema “Credo”, por el cual don Antonio Mediz Bolio lo bautizó con el título de “Vate”. Muchos de sus artículos no sólo del periódico *Excelsior* sino de *El Diario de Yucatán*, *Revista de Revistas* y *El Nacional* donde colaboró, lo mismo que en sus estampas históricas redactadas para una edición de Banca Serfin en 1977, tie-

nen esa pasión por lo nuestro, por nuestra formación, por nuestra esencia, por el nacimiento de una nación que nos explica y busca hacernos a todos iguales.

Debido a la popularidad de las canciones que llevan su letra, y la importancia de su figura en el ámbito de la radio, su obra literaria ha sido, por desgracia, malconocida. También escribió dos obras de teatro, *Náufragos* y *El calor de las alas*, que llevaron a escena en Mérida en 1925 y 1927 la compañía de Julio Taboada y Fernando Soler; obras que no fueron recogidas, como suele suceder con el teatro, en una publicación; y que si bien fueron olvidadas tal vez por haber salido de la pluma de un jovencito de veintidós años, son sin duda ya la simiente y la inquietud de un escritor que madurará con los años.

López Méndez no le dio importancia a su poesía, a pesar de la fuerza y los aciertos que sus amigos escritores le señalaban en su trabajo, así que fuera de algunas plaquetas que publicó en vida (*Credo*, 1941; *Poema en tu cuerpo*, 1949; *Aquí estamos*, 1959; y *Morelos*, 1986), no se ocupó de reunir en un volumen su trabajo ni en hacer una selección para darla a la imprenta, de tal manera que *Poesía y pensamiento. Ricardo López Méndez*, publicado por el FCE en 2004, fue la primera reunión de su obra aunque no haya aparecido completa por lo abundante.

Debemos a don Antonio Mediz Bolio, el autor de *La tierra del faisán y el venado*—una reconstrucción de los mitos y leyendas del antiguo Yucatán así como de la esencia del pueblo maya—, el mejor análisis de la poesía de Ricardo López Méndez, hecho en su prólogo al largo poema del Vate llamado “Voz en la tierra”, donde celebra a Yucatán con motivo del cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Mérida.

Mediz Bolio dice de él: “Auténtico temperamento de poeta, sensibilidad finísima, noble y varonil buen gusto, López Méndez se señaló desde sus primeras salidas al campo literario como un escritor vigoroso y personal”. Y luego nos explica que el magnetismo de su voz y de sus propios modos de matizar y modular las frases—no en balde fue un locutor de éxito—y su dominio del ritmo lo caracterizaron sobre todo como un poeta musical, diestro manejador además de la imagen, y conocedor del sabor y fragancia de las palabras. “En suma”—nos dice—, “un poeta plástico y objetivo, cuyo arte, antes de llegar al corazón y al pensamiento, rozaba, impresionándolas, las ventanas de los sentidos”.

Ricardo López Méndez dio, además, una dinámica de elegancia y sensibilidad a la difusión radiofónica en nuestro país. Enamorado del amor, nos ayudó a entender el nuestro. Para quienes lo hemos leído y para quienes las letras de sus canciones nos han ayudado a entender o a expresar nuestros sentimientos, el Vate López Méndez es un amigo que está siempre presente, como en esta tarde fría en que me acompaña mientras trabajo. **U**